

La esperanza

Hope

P. Pedro Trigo, SJ¹

Resumen: En este artículo analizamos tres conceptos que tienen semejanza: expectativa, ilusión y esperanza, precisando en qué sentido decimos que para nosotros los cristianos la esperanza es una virtud teologal. A continuación, aclaramos qué tenemos que esperar desde la realidad, ya que en el momento actual es muy difícil esperar y por eso es más necesario que nunca, y que a pesar de todo es razonable esperar, porque la comunidad divina está comprometida en nuestra humanización integral y nos posibilita siempre vivir como hijos del Padre y como hermanos de todos en Jesús. Así pues, tenemos que mantener nuestra esperanza cuando vemos nuestra miseria y la del mundo, porque la esperanza es un don de Dios, que tenemos que acoger y fomentar. Ahora bien, nuestra mayor esperanza es llegar a participar definitivamente de la gloria de las hijas e hijos de Dios. Concluimos explicando la relación de la esperanza con la fe y la caridad, las otras dos virtudes teologales.

Palabras clave: Expectativa, ilusión, virtud teologal, esperanza en nuestra humanización, esperanza en la mejora del orden establecido, esperanza en nuestro destino final, relación con la fe y la caridad

Abstract: In this paper we analyze three concepts that have similarities: expectation, illusion and hope, specifying in what sense we say that for us Christians hope is a theological virtue. Next, we clarify what we have to hope for from reality, since at the present time it is very difficult to hope and for that reason it is more necessary than ever, and that despite everything it is reasonable to hope, because the divine community is committed to our integral humanization and always enables us to live as children of the Father and as brothers of all in Jesus. Thus, we must maintain our hope when we see our misery and that of the world, because hope is a gift from God, which we have to welcome and foster. Now, our greatest hope is to finally participate in the glory of the daughters and sons of God. We conclude by explaining the relationship of hope with faith and charity, the other two theological virtues.

Keywords: Expectation, Illusion, Theological Virtue, Hope in our Humanization, Hope in the Improvement of the Established Order, Hope in our Final Destiny, Relationship with Faith and Charity

¹ Profesor en el Pregrado y el Postgrado del Instituto de Teología para Religiosos (trigodura@gmail.com).

1. ¿De qué estamos hablando?

1.1 Expectativa, ilusión, esperanza

Vamos a partir de tres palabras que nombran tres actitudes vitales con cierta afinidad. Las tres se refieren al advenimiento de otra situación mejor que la que se vive y a su participación en ella, y/o a una mejora de la condición personal. Esa situación que se anhela, de un modo u otro, tiene que ver con la transformación superadora de lo actual, aunque la superación se puede entender de modos muy diversos, incluso opuestos. Por eso hay que reconocer que cada uno tiene diversas expectativas, ilusiones y esperanzas. Y que también muchas de ellas son inducidas por la familia, por el ambiente en que vivo, por las instituciones en las que participo o por alguien que tenga influencia sobre mí. Y que hay coincidencias, que, según sea el caso, provocan la competencia entre los que aspiran a lo mismo y en otros la sana emulación y hasta la convergencia y por tanto la ayuda mutua, la colaboración.

1.2 Expectativas humanizadoras y deshumanizadoras

Las expectativas están guiadas por apreciaciones de la dinámica social basadas en datos lo más objetivos posible, que den cuenta lo más adecuadamente de la realidad, que, sin embargo, no es totalmente previsible, porque está sujeta a las libertades humanas y a un sinnúmero de variables, que pueden ser muy aleatorias. Sin embargo, si existe capacidad de observación y suficiente conocimiento, como las situaciones son concretas y por tanto limitadas, sí se pueden elaborar y proponer expectativas razonables.

Ahora bien, para que las expectativas sean humanizadoras, se necesita para concebirlas un grado apreciable de hambre de realidad y de deseo de que uno mismo y la humanidad avancemos en humanidad, no sólo ni principalmente en el sentido de cualidades humanas, que es lo que propone el orden establecido, sino de calidad humana. Pero debemos tener en cuenta que el que está absorbido por fomentar cualidades

deja de lado la calidad humana, pero el que busca consecuentemente la calidad humana tiene que cualificarse al máximo porque, si quiere contribuir al máximo de modo concreto al bien común y no se cualifica, no es cierto que quiera aportar a él. Se tiene también que estar abiertos a las reacciones de las personas interesadas, para tomar en cuenta lo que parezca razonable y lo que esté razonado y respaldado por constataciones concretas.

Vivir con este tipo de expectativas razonables es un componente ineludible del modo humano de vivir, ya que supone ora que no vivimos como meros miembros del orden establecido ni atendidos a nuestros intereses y preferencias absolutizados, ora no resignados a lo que se pueda, a lo que la situación dé de sí. Ese modo de vivir con expectativas humanizadoras es un vivir abiertos a la realidad por la conciencia de que nos estamos haciendo², que nunca acabamos de hacernos y que tenemos que discernir cómo actuamos porque podemos tomar caminos deshumanizadores. Supone que somos sujetos dignos, responsables y solidarios.

Estamos hablando de expectativas basadas en la realidad, tanto la nuestra como la realidad en la que vivimos, y en orden a que la realidad, la nuestra y la global, dé de sí superadoramente. Porque también existen expectativas sobre cómo maximizar las ganancias o el poder o la influencia o sobre cómo salirnos con la nuestra. Pueden ser razonables en el sentido de poner medios adecuados para lograr esos fines; pero no son razonables en el sentido pleno de dar cuenta de lo más genuino de la realidad y de lo que hay que hacer para optimizarla, teniendo en cuenta sus posibilidades en la trama relacional concreta en la que muchos factores conspiran contra esa dirección, porque se atienen a sus intereses privados.

2 I. Ellacuría, “El ser del hombre sólo es siendo”, en *Filosofía de la realidad histórica* (San Salvador: UCA, 1999), en la edición de 1991, 171-174; para el contexto, 158-177.

Así pues, valoramos mucho las expectativas en orden a que la realidad propia y aquella en la que vivimos den de sí superadoramente. Si no tenemos este tipo de expectativas, hemos renunciado a nuestra humanidad, que siempre está en proceso, y de ahí las expectativas, con el deseo y el empeño consiguientes para lograrlas.

1.3 Ilusiones y meras ilusiones

Las ilusiones nacen del deseo de que la situación, que para muchos se ha tornado invivible, mejore o, más genéricamente, que algo que deseamos se haga realidad. Por eso son concebidas como la contracara de todo lo malo que se soporta.

Ahora bien, las ilusiones son mero deseo. Lo que tienen de realidad es el deseo, que en el mejor de los casos implica vivir en esa dirección, aunque muchas veces no tiene concreciones concretas positivas, pero sí puede conllevar no vivir en la dirección contraria. Si el deseo no se expresa en acciones, por lo menos no participar de lo negativo y dar algunos pasos en lo que se desea, la ilusión es una actitud negativa ya que descarta el esfuerzo denodado, la apuesta vital por aquello positivo que se siente y desea. Es jugar a que algo es realidad, cuando no lo es ni se camina hacia que lo sea. Es una mera ilusión. Y, aunque el dicho dice, “de ilusión también se vive”, es cierto que puede dar para vivir, pero no para vivir humanizadamente.

Aunque la ilusión también puede designar algo que se deseó ardientemente y que, al haberlo por fin conseguido, se vive con mucho agrado, con pasión: hace su trabajo con mucha ilusión, vive su matrimonio con mucha ilusión. Entonces ilusión es algo que impregna a lo que se vive avivándolo, impidiendo que se vuelva rutinario.

1.4 ¿Espero? ¿Esperamos? ¿Qué y con base en qué?

Antes de caracterizar a la esperanza, vamos a poner casos concretos del uso de esa palabra: espero salir bien del examen, espero que me salga bien el negocio, espero que este amor se afinque y dé para vivir juntos toda la vida, espero sanarme de esta enfermedad, espero mejorar mi carácter, espero que dejes ese vicio, espero que mi candidato gane en las elecciones, espero que la situación del país mejore, espero vivir muchos años; frustraste la esperanza que puse en ti, yo tenía esperanza en que el cambio se diera, la esperanza es lo último que se pierde.

¿Qué decir de estos ejemplos? Primero, que la esperanza es muy importante para la vida, para tener ganas para vivir, para vivir en positivo. Por eso se expresa en aspectos y en contextos tan diversos. Segundo, esas esperanzas pueden ser expectativas o meras ilusiones según estén basadas o no en la realidad. Ahora bien, nosotros no queremos que las esperanzas sean meras ilusiones, ni para nosotros son meras expectativas. La diferencia con las expectativas es que para nosotros la esperanza contiene un bien que estimamos tan humanizador que por él merece la pena gastar el tiempo y las energías, o incluso la vida. Espero en algo que para mí merece la pena, algo que me pone a valer.

Ahora bien, espero cabalmente, si no soy un iluso porque lo que espero no está a mi alcance o porque no hago lo adecuado para conseguirlo o porque pongo mi esperanza en lo que realmente no vale.

Así pues, la esperanza, si es razonable, si tiene sentido, se refiere a algo con algún grado de trascendencia respecto de lo que soy y de donde estoy. Incluso puede referirse a algo con una trascendencia total.

Para el cristiano la esperanza es una virtud teologal, junto a la fe y la caridad. La esperanza cristiana tiene una peculiaridad: que, siendo el ser humano el sujeto de la esperanza, el que espera, espera algo absoluto: su plena humanización y la consumación de los seres humanos, de la humanidad, y en ello pone toda su vida. Pero, aunque está tendido en esa dirección con todo su empeño y responsabilidad, esa realización

la espera, en definitiva, como don de Dios. Un don que él desea con todo su ser y que acepta y en cuya realización aspira a poner toda su vida, pero que sabe que le supera absolutamente porque consiste en concreto en aceptar la fraternidad de Jesús y en él llegar a ser hija o hijo de Dios y hermana o hermano de todos, desde el privilegio de los pobres. Jesús y, en definitiva, su Padre, tienen la iniciativa. Yo tengo que aceptar la fraternidad de Jesús y vivir desde ella. Así pues, se trata de vivir de relaciones y los que las inician son Dios, que nos crea con su relación de amor constante y que nos ha entregado a su Hijo; y su Hijo humanado que se ha hecho nuestro Hermano, en el sentido más pleno de que nos lleva realmente en su corazón y actúa siempre como tal y que quiere que le correspondamos y así en él seamos hijos de su Padre y hermanos de sus hermanos. Y ambos han derramado su Espíritu, el Amor divino, en cada uno de los seres humanos para capacitarnos, si lo discernimos y seguimos su impulso, a vivir como hijas o hijos en el Hijo y como hermanas o hermanos en el Hermano universal.

Creemos, tenemos fe, que es así y que esas relaciones son fruto de su amor y piden consiguientemente nuestro amor. Pero esto que creemos y en lo que ponemos nuestra vida y específicamente nuestro amor, nos supera tanto que, en definitiva, lo esperamos de su Amor y, obviamente, de nuestra correspondencia, aunque también esperamos que su Amor nos ayude a corresponder y así a llegar a ser concretamente, en la práctica, hijos suyos y hermanos de todas y de todos, con un amor personalizado, en su Hijo Jesús, el Hermano universal.

Así pues, la esperanza es una virtud, algo arraigado en nosotros y que valoramos muchísimo, es decir, un hábito de obrar bien, por la sola bondad de la operación y en conformidad con las demandas de la realidad, que es una red dinámica de relaciones. Pero afirmando el carácter humano y humanizador de la virtud de la esperanza también reconocemos que tener esperanza como horizonte vital no equivale a una mera expectativa razonable. Y es así porque, aunque seamos nosotros los que apostamos por ella, nos excede absolutamente. Por eso decimos que apostamos por ella. Hay situaciones y estados de ánimo en los que nos parece razonable esperar, pero, en otros, casi veríamos razonable

no esperar. Sin embargo, en ambos casos esperamos, no confiados en nosotros o en la situación, sino en definitiva en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Quienes esperamos confiadamente somos nosotros, pero lo hacemos respondiendo a su relación con nosotros y, por supuesto, con la situación, con la humanidad y con toda la realidad.

Si es así la esperanza, tiene la peculiaridad de que en definitiva es un don de Dios, un don con el que él se ha comprometido, es decir que él siempre nos la da, que él siempre nos posibilita vivir tendidos hacia ella, en ese horizonte real; pero que somos nosotros los que tenemos que aceptarla y hacerla nuestra y cultivarla, y que eso no es algo que se hace de una vez por todas, sino que tiene que convalidarse en cada situación, en cada coyuntura, siempre. Y Dios, que nos posibilita siempre este trabajo, nunca nos sustituye: somos nosotros los que tenemos que esperar concretamente. Y, aunque siempre sea razonable hacerlo, porque la esperanza está basada en la decisión irrevocable de Dios, hay circunstancias personales o ambientales que dificultan bastante vivir con esperanza.

Así pues, la esperanza no consiste en pensar que, como somos cristianos, es decir, los de Jesús y los de su Padre y queremos serlo a fondo, siempre nos va a ir bien. Que no pongamos en eso nuestra esperanza. Que no confundamos el éxito con la fecundidad histórica, que consiste llegar a vivir para siempre en el seno del Padre como hijas e hijos suyos y como hermanas y hermanos de todos en su Hijo Jesús que nos lleva incondicionalmente en su corazón. Eso es lo que ellos nos prometen y a lo que debemos aspirar consecuentemente y lo que tenemos que esperar con la fe puesta en Jesús y en su Padre, que nos lo ha entregado, y en el Espíritu, que nos impulsa a ello desde más adentro que lo íntimo nuestro.

Así pues, para vivir de esperanza tenemos que valorar muchísimo el vivir en cada dimensión de nuestro ser y en cada circunstancia de nuestra vida como hijas e hijos de Dios en el Hijo y como hermanas

y hermanos de todos en el Hermano universal; lo tenemos que llegar a valorar más que todo lo demás. Esto es en lo que más tenemos que poner de nuestra parte y fomentar incesantemente.

Pero, además, como tenemos experiencia de que, por más que nos esforcemos, nosotros no damos para tanto, porque somos una red de pulsiones, deseos, sueños, temores y limitaciones, que sólo el amor puede ir transformando y armonizando, pero que no acaban de humanizarse y unificarse, tenemos que confiar en que Jesús y su Padre están empeñados en ello incondicionalmente. Lo tenemos que hacer nosotros, somos los que nos tenemos que comportar siempre como hijos y hermanos; pero, para decirlo con la expresión clásica, con su gracia, es decir con su relación fraterna y paterna, que son permanentes, que nos anteceden y así posibilitan nuestra respuesta.

Esto no es patente para nosotros en muchas ocasiones. Por eso tenemos que creer que sí se relacionan y esperar que esa relación suya será fecunda, y abrirnos a ella y desearla siempre y no desanimarnos nunca. Cultivar la esperanza en algo tan trascendente requiere mucho amor y mucha fe y, a su vez, ese amor y esa fe están animados por la esperanza en que se darán y viviremos de esas relaciones.

Tenemos que cultivar cada vez más íntegramente esas relaciones, tenemos que desearlas cada día más y tenemos que esperar que llegarán a darse y a dar el tono a toda nuestra vida.

Y también tenemos que esperar que cada vez nos empeñemos más íntegramente en fomentar el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, transformándolo desde dentro. El mundo hoy está muchísimo peor que hace sesenta años, pero no podemos perder la esperanza en que triunfará al fin el amor, el de Jesús y su Padre y el de los seres humanos y, concretamente, el nuestro como respuesta. Esto no puede reducirse a una ilusión; tiene que ser esperanza fundada en la relación constante de Jesús y de su Padre. Y tiene que expresarse en la relación con otras hermanas y hermanos con los que convivamos como embrión de ese mundo y por tanto de una manera abierta

2. ¿Por qué necesitamos esperar y qué nos lo posibilita?

2.1 Fundamento e implicaciones actuales de la esperanza

2.1.1 Esperar desde la realidad

La esperanza debe tener en cuenta el cambio histórico, si no, está fuera de lugar, porque la esperanza tiene que partir de la realidad.

En primer lugar, el cambio de época: hemos pasado de la época en que se dio la división de trabajo por la invención de la agricultura, la ganadería, el laboreo del barro, de la piedra y de los metales y, por consiguiente, el nacimiento de las ciudades, Estados e imperios, lo que empezó a ocurrir diez mil años antes de Cristo, a una época globalizada, comandada por las corporaciones globalizadas y los grandes financistas, en la que los que la comandan pretenden que ya hemos llegado a la figura definitiva, y por eso no hay ya pasado ni futuro, sino este presente que se desarrollará casi sin límites.

Como consecuencia de ese cambio se da el ocaso del cristianismo en el horizonte público, ya que Jesús de Nazaret es un personaje del pasado, que, por tanto, no tiene nada que decir a los que viven en este presente, y la desvirtuación de buena parte de la institución eclesial, que se refleja en que, sin decirselo a sí misma, no ha acogido la sinodalidad.

El que tengamos que comenzar desde la época en que estamos se debe a que la esperanza, la verdadera esperanza, sólo se da en la realidad; nunca al margen de ella. Ahora bien, sin confundir la realidad con lo más aparente de ella, el orden establecido, que de un modo más o menos radical casi siempre la desvirtúa.

2.1.2 ¿Por qué es tan necesario cultivar la esperanza?

Hemos escogido este tema por la necesidad que se siente y que sentimos de ella, porque vemos que cada día se nos pone más difícil vivir humanamente, pues en el orden establecido globalmente se nos insta y casi se nos fuerza a vivir para producir y consumir como meros individuos, meros miembros del orden establecido que ellos comandan. Por eso mismo casi ha desaparecido el cristianismo del horizonte público y se hace más difícil vivir la explicitud cristiana y comunicarla a otros y que se interesen por ella. También, por el deterioro de la democracia en la mayoría de nuestros países, hasta llegar en algunos al Estado totalitario, situación que dificulta mucho, tanto vivir simplemente, como, más todavía, vivir humanamente, lo que implica ejercitando cristianamente la fraternidad que no excluye a nadie

Por eso el Papa acaba de proponer el jubileo de la esperanza, que titula *Peregrinos de la esperanza* y acaba de publicar un libro al respecto: *La esperanza no defrauda nunca*³. El prólogo comienza subrayando la necesidad de cultivarla “sobre todo en tiempos como los que estamos viviendo, en los que la tercera guerra mundial en pedazos que se desarrolla ante nuestros ojos puede llevarnos a asumir actitudes de sombrío desaliento y de mal disimulado cinismo”.

Ahora bien, la mayor necesidad de esperanza proviene de esta época que comienza, que pretende, según los que en ella llevan la voz cantante, haber llegado ya al fin de la historia, en el sentido de que lo que pase en adelante será el desenvolvimiento casi ilimitado de lo que posibilitan los descubrimientos técnicos y de lo que se proponen quienes los manejan a su gusto y para su provecho desde los cauces políticos neoliberales.

3 (México: La Buena Prensa, 2024); (San Pablo: Mensajero, 2024). El título es una cita de san Pablo: Rm 5,5.

En este horizonte Dios no tiene nada que hacer, ya que lo que existe no se concibe como creado sino en su facticidad y ellos se entienden a sí mismos como sujetos autónomos sin ninguna cortapisa ni restricción, más allá de las limitaciones que otros que vengan subsanarán.

Ellos pretenden que el ser humano es mera materia prima para lo que quieren y logren hacer, lo que en términos de genética (aunque van mucho más allá de ella) se llama, no ingeniería genética, que es optimizar al ser humano que existe, sino manipulación genética, que es hacer, a partir de lo actual, lo que se nos ocurra y seamos capaces de hacer.

Y todo esto, que concierne tan radicalmente a toda la humanidad, lo llevan a cabo los científico-técnicos privadamente, como propiedad de ellos y de las empresas a las que pertenecen y de los financistas que lo posibilitan. Un futuro que concierne a toda la humanidad y que desarrollan unos pocos sin participación ni control de toda la sociedad organizada. Una locura que llevará al desastre y ya está en marcha.

¿No queda más que resignarnos? ¿O comulgamos con ella y sólo aspiramos a subirnos al carro de los que están inventando la humanidad para participar de esa aventura? ¿Hay alguna posibilidad de que todos nos hagamos cargo de lo que está aconteciendo para discernirlo y tomar posición?

Para nosotros, que nos concebimos a imagen y semejanza de nuestro Creador (Gn 1,27; Hbr 1,1-3), ya que nos crea, no con causalidad eficiente, como un carpintero hace una mesa, sino por su relación de amor constante y que nos ha enviado a su Hijo para que, hermanándose con nosotros, nos hiciera en él a todos hijos suyos y hermanos unos de otros, no cabe la manipulación genética, sólo la ingeniería genética que busca optimizar al máximo al ser humano, considerado como un ser sagrado y, además, un ser en relación, nacido de la relación personalizada del Creador y de la relación de sus padres, imposible de concebir sin la relación de tantos, y llamado él mismo a entregarse a los demás de un modo horizontal, abierto y gratuito, como se han entregado tantos a él.

No podemos renunciar a la esperanza de vivir así y a la esperanza de que ese modo de vivir lleve la voz cantante. Por eso, fomentar en nosotros y en los demás la esperanza es imprescindible, si no queremos renunciar a nuestra condición sagrada de ser personas. Lo que corresponde es no entenderme y entender la realidad como mera facticidad, sino como una red inextricable de relaciones y, en el fondo, una relación de la comunidad divina que las activa: “Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente”⁴.

Si me entiendo y lo entiendo todo así, lo que sale es agradecimiento, vivir agradecido, y esperanza en que Jesús, su Padre y su Espíritu harán que llegue a corresponder, es decir, a enredarme personalmente en esa red de relaciones en la que consisto, en el doble sentido de que existo con otros, por su relación, y de que eso, recibir y corresponder, es lo que me da consistencia. De una manera más concreta: Dios nos da nuestro ser con su relación de amor constante, pero además nos ha dado a su Hijo que nos lleva en su corazón y nos hace hijas e hijos en el Hijo único y hermanas y hermanos en el Hermano universal. Tengo que aceptarme en su corazón y vivir desde él como hijo y hermano. Tengo que vivir esperando que esas relaciones lleven la pauta en mi vida; tengo que vivir con esa esperanza incommovible, a pesar de todo y pase lo que pase. Tengo que anhelarlo. No puedo dejar de desearlo. Y tengo que contribuir a que la humanidad se entienda así y vaya en esa dirección y tengo que hacerlo desde la humanidad concreta a la que pertenezco, desde los grupos e instituciones de los que formo parte.

4 Francisco, *Laudato si'*, 240.

2.1.3 Mantener la esperanza cuando vemos nuestra miseria y la del mundo

Hay situaciones y nosotros las hemos vivido, en las que tener esperanza parecía razonable porque la situación era consensuada por la inmensa mayoría y caminaba por el buen camino. Así vivimos en Venezuela en los años sesenta y, aunque algo menos, en los setenta. Siempre la esperanza es trascendente: siempre será don de Dios aspirar a vivir como hijos de Dios y hermanos unos de otros, que es incomparablemente más que vivir y convivir como buenos ciudadanos; pero, de todos modos, la situación era buena conductora de esa esperanza. Vivir con confianza y disponibilidad filiales y con la respectividad positiva y la responsabilidad que da el ser hermanos de todos, vivir así de tal manera que eso sea lo que dé el tono a nuestra vida es don de Dios. Pero ayuda mucho a recibir ese don y a actuarlo el que la situación sea fundamentalmente justa y solidaria por la acción consensuada de las diversas clases de ciudadanos: los trabajadores, los empresarios y los políticos, y las distintas instituciones religiosas, culturales y sociales. Siempre habrá limitaciones e incluso pasos en falso, siempre tendremos que estar sobre nosotros mismos para no desmandarnos y atentos a la situación para que no se pervierta; pero es cierto que hay situaciones que ayudan mucho a vivir humanizadamente, y en nuestra explicitud cristiana, como hijas e hijos del Padre y como hermanas y hermanos de todos en Jesús, el Hijo eterno que se hermanó con nosotros y, si aceptamos su fraternidad, nos hace hijos y hermanos.

No estamos hablando meramente de una situación con buenas reglas de juego en la que todos se esfuerzan y la mayoría puede satisfacer sus apetencias, pero considerándose cada uno un individuo que vive para él y los suyos y se relaciona con el que quiere y para lo que quiere y mientras quiera. Esa es la propuesta más positiva del orden establecido, que en alguna medida se ha realizado hace muchos años en algunos países (el ejemplo más claro es la postguerra europea) y ahora cada vez menos porque en todos se va agrandando la brecha social. Nosotros nos referimos a una sociedad convivencial, en la que cada uno tiene en cuenta a los demás y se tienden verdaderas redes.

Ahora bien, esta situación a la que nos hemos referido y que hemos experimentado en nuestra juventud no es hoy nuestra situación, ni en nuestro país ni en América Latina ni en el resto del mundo. A nivel mundial imperan las corporaciones globalizadas y los grandes financistas, y las grandes potencias sólo tienen en cuenta lo que las favorece, que no equivale a lo que favorece a la mayoría de la población, sino al orden establecido que los políticos representan, y aspiran a que las relaciones con los demás países no sean equitativas, sino que los favorezcan.

Además, en estos momentos, a causa del impacto de las migraciones, impera el tribalismo, actitud que no se corresponde con la realidad, porque en la mayoría de esos países, por no decir en todos, apenas hay natalidad⁵ y se necesita mano de obra extranjera para que todo prosiga; y además, porque en el fondo no podemos definirnos por nuestras particularidades, sino por nuestra genuinidad humana, que, en el fondo, poseen todos los seres humanos.

También en muchos países se ha impuesto lo que convencionalmente se llama la derecha, incluso la extrema derecha, es decir, gobiernos que desestiman la seguridad social para enfermos y jubilados de pocos o ningún recurso, la educación gratuita para los pobres y gratuita o semigratuita para las clases populares, los impuestos proporcionales y más directos que indirectos; gobiernos, pues, que no representan a la mayoría, sino al orden establecido.

Por si lo antedicho fuera poco, en bastantes países gobiernan individuos que se imponen por su poder de seducir y gobiernan de modo personalista, reduciendo, incluso institucionalmente, la democracia. En otros se gobierna abiertamente a la fuerza, controlando a la población con la policía, el ejército y grupos armados, y disolviendo

5 P. Trigo, "Situación actual de la mujer y el problema de los abusos", *SIC*, No. 853 (dic.-ene. 2024-2025), 20-27.

o mediatizando, o dificultando enormemente, el funcionamiento de las organizaciones sociales y, más en general, de las organizaciones privadas, por ejemplo, de educación.

2.1.4 La esperanza, don de Dios que tenemos que acoger y fomentar

En estas condiciones la esperanza es prácticamente imprescindible para vivir humanamente. Por eso vamos a tematizarla lo más que podamos. Lo primero que queremos precisar es que para un cristiano la esperanza es en el fondo absoluta y por eso no sometida a las condiciones en las que se vive. Esto es así por su carácter trascendente: es el don que Dios nos ha otorgado en su Hijo Jesús incondicionalmente. Él es nuestra esperanza (1Tim 1,1) y nadie puede arrebatarnos de su mano. Siempre es posible vivir con esperanza. En esto nos tenemos que afincar, nos sintamos como nos sintamos y pase lo que pase. Así dice Pablo a Timoteo: “Con este fin nos fatigamos y luchamos, puesta la esperanza en el Dios vivo, salvador de todos los seres humanos y en especial de los creyentes” (4,10).

No lo podemos dar por supuesto. Tenemos que arraigarnos en ello constantemente. Eso supone que no estemos todo el rato dándole vueltas a lo negativo de la situación ni a lo que hay en nosotros de debilidades. Tenemos que tematizar habitualmente esta entrega de Dios a nosotros: el que nos haya destinado a ser sus hijos en su seno en su Hijo eterno Jesús. Porque si es cierto que él es nuestra esperanza, no lo es menos que somos nosotros los que tenemos que poner nuestra esperanza en él.

Y cuando la situación es muy negativa y las fuerzas se nos van en mantenernos en vida y en no degradarnos a la condición de contracara de lo que nos hacen, debemos fomentar la esperanza en que podremos vivir como hijos de Dios y como hermanos de todos, incluso de los que nos hacen mal. La esperanza absoluta de que nuestro destino es participar en Jesús de la relación del Padre que lo hace Hijo y de su

relación con todos que nos hace hermanos. Fomentar esa esperanza como nuestro horizonte vital es indispensable para mantenernos humanos. Es, ciertamente, muy cuesta arriba, pero en ello nos jugamos todo. Si esa esperanza se nos achica o se nos muere, dejamos de ser sujetos humanos, aunque Dios no nos deje y siempre haya esperanza, aunque haya desaparecido de nuestro horizonte vital. Por eso la importancia de fomentarla incesantemente.

Dios no se impone ni nos sustituye. Nadie es mero destinatario de su acción. Lo propio de él, lo que en nuestros términos tendríamos que designar como su sustancia, son relaciones, relaciones mutuas, relaciones que crean la diferencia (Padre, Hijo y Espíritu) y la mantienen unida (un solo Dios verdadero). No que ellos sean tres realidades que se relacionen muy íntimamente, sino que son relación, que a la vez pone la diferencia y la mantiene unida: “la sustancia individual, distinta e incomunicable, en Dios tiene que ser entendida como relación”⁶.

Así son también sus relaciones con nosotros: Él nos crea con su relación constante de amor y a nosotros nos toca aceptarnos como sus criaturas y no meramente como los individuos que somos. Él nos envía a su Hijo para que, haciéndose nuestro Hermano, nos hiciera hijas e hijos suyos; a nosotros nos toca aceptarnos en el corazón de Jesús y vivir en él como sus hermanos y los hermanos de todos, puesto que todos están con nosotros en él. Ambos nos enviaron a su Espíritu que nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro⁷, y a nosotros nos toca discernir su impulso y seguirlo.

Si aceptamos esas tres relaciones, y las de los que las aceptan y se relacionan con nosotros como hermanos, no podemos no tener esperanza, porque esas relaciones dan una vida que nadie ni nada puede dar ni quitar. Ahora bien, aceptarlas significa corresponder: vivir como hijos en el Hijo y como hermanos en el Hermano universal. Significa

6 Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 29, a. 4, ad. 3.

7 Agustín, *Las Confesiones* (Madrid: BAC, 2025), III, 6, 11.

que eso dé el tono, tanto a nuestra cotidianidad, como a lo que nos advenga o a lo que tengamos que decidir. Que vivamos y decidamos como hijos y hermanos. Obviamente que cada uno es hijo y hermano desde lo que es como individuo y desde su circunstancia; es ese hijo y ese hermano específico, podemos decir que único, aunque converja con unos en unos aspectos y con otros en otros. Cada quien tiene, pues, que vivir insustituiblemente desde lo que es y desde su situación esa condición primordial, regalada y escatológica de hijo y hermano. Irlo haciendo entrañará su realización más consumada. En eso ponemos nuestra esperanza. Es decir, confiamos en que Dios se las arreglará para que nosotros vivamos desde esas relaciones. Sin sustituirnos, contando con nosotros, pero confiamos en él, en la fecundidad de su amor. Esa es nuestra esperanza. Y esto que esperamos para nosotros lo esperamos también para los demás.

Ahora bien, ya lo hemos dicho, en esta situación que atravesamos, vivir como hijos y hermanos es la negación más absoluta del individualismo, la optimización de la ganancia y el consumismo a los que se nos impulsa por todos los medios. Ir a contracorriente tiene un costo altísimo que no se puede vivir como sacrificio, como ascética ni como hacer méritos, sino desde la vida que nos dan esas relaciones, que vivimos abiertos a todos, como alternativa superadora al orden establecido. Por eso tienen que vivirse creativa y discretamente y teniendo en cuenta a cada uno. Y cada quien las vivirá desde su modo de ser y según el don recibido. Pero tiene que vivirlas densamente, si no, acabará dominándolo la lógica de la situación, y las relaciones filiales y fraternas se reducirán a algo compensatorio. Éste es el reto de vivir en esta situación como hijos y hermanos. Por eso a la larga es casi imprescindible que esa vivencia de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios lleve a relaciones más estables, a la configuración de verdaderos “nosotros” que tomarán la forma de grupos o comunidades. Que, obviamente, no pueden ser sectarias y ni siquiera cerradas, sino abiertas a su medio, aunque no como proselitismo sino servicialmente.

3. ¿Cuál es la base y el horizonte de nuestra esperanza y aquél que nos la alcanzó?

3.1 Vivir de las relaciones con las personas divinas alcanza la libertad liberada

La consecuencia de vivir desde estas relaciones es que lo negativo del ambiente y lo negativo que nos hacen y lo negativo que hay en nosotros mismos nos afecta sin duda, incluso puede afectarnos mucho, nos tonta, hala de nosotros, pero no nos influye. Esas relaciones liberan nuestra libertad para que siempre podamos comportarnos como hijos y hermanos.

El ejemplo más preclaro es el de Jesús que cuando los que se consideraban sus enemigos le planteaban en público cuestiones para desacreditarlo, e incluso para acusarlo, nunca respondía en ese mismo tono, sino tratando de que entendieran en concreto lo que Dios quería. Y esa actitud culminó en la cruz, ya que no murió como víctima en el sentido preciso de contracara de lo que le hacían, es decir aterrorizado o echándose a morir para que se acabara el dolor, o maldiciendo y pidiendo a su Padre la condenación de los que lo habían condenado tan injustamente y lo mataban tan cruelmente, sino que murió pidiendo a su Padre que los perdonara. Así pues, lo que le hicieron lo afectó tanto que lo mató, pero no le influyó nada, ya que murió venciendo al mal a fuerza de bien (cf. Rom 12,21). Y su esperanza fue tan inmovible que murió entregando su Espíritu a su Padre, cuando no lo sentía (Lc 23,46). Su condición de Hijo fue absoluta: no dependía de sentir o no la presencia de su Padre. Él estaba seguro de ser su Hijo y de que su Padre estaba con él. Obviamente, el Padre no lo había abandonado. Por el contrario, se fiaba tanto de su Hijo que le dejó morir su muerte como le había dejado vivir su vida, plenamente confiado en que la iba a vivir como el Hijo y Hermano que era. Y así fue: se consumó como Hijo y Hermano cuando se consumía en la tortura (Jn 19,30). Por eso tenemos que decir que su destino fue dramático, pero no trágico,

porque el Amor tiene la última palabra que es de recreación en su seno. Desde lo dicho tenemos que concluir que el Dios de Jesús es la fuente, siempre manante, y que nunca se secará, de la esperanza.

Él nos llama también a nosotros a vivir con su misma libertad liberada. Esto, en la familia, en el trabajo, con los vecinos, compañeros y amigos, con los desconocidos, con los que van por un camino opuesto al nuestro, con nuestros adversarios. Todos tienen que ser de modo concreto nuestros hermanos, desde los hermanos hermanos hasta los hermanos desconocidos y los hermanos adversarios. Insistimos en que esto estará siempre en construcción, nunca consolidado, pero nunca dejado por imposible, siempre como nuestro horizonte vital.

3.2 La esperanza de alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios

El empeño en vivir con libertad liberada y la esperanza en que ese empeño no será un sueño, sino que se realizará, se basa en la esperanza en nuestro destino final, que es obtener, “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,21). Entendiendo que la libertad es una expresión del amor y, en concreto, del amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha dado. “Con esta esperanza nos han salvado. Una esperanza que ya se ve no es esperanza, porque lo que uno ve, no necesita esperarlo. Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia” (Rm 8,24-25).

Podemos practicar la gloriosa libertad de los hijos de Dios, pero no como algo poseído, sino como algo que se nos concede practicar en este cuerpo (es la expresión de Pablo), en esta existencia, que aún no ha sido transformada por la participación, después de morir, de la gloria de nuestro Hermano mayor, Jesús. No estamos a la altura de lo que hacemos por la gracia de Dios. Esa es nuestra experiencia. Por eso la esperanza se tiñe de paciencia y la paciencia es sostenida por la esperanza. Tenemos que aceptar que esta es nuestra condición actual, una condición intermedia, ya que sí somos hijos de Dios

en el Hijo y por eso podemos seguirlo; pero en esta existencia que aún no ha sido transformada, que es la existencia de este mundo, aunque atravesada por las relaciones trascendentes de Jesús y, en él, de su Padre y de su Espíritu, que la potencia para corresponderles y para vivir desde esas relaciones, experimentando siempre la propia debilidad y pecaminosidad, aunque triunfen esas relaciones. Por eso necesitamos creer en esa transformación definitiva, necesitamos vivir tendidos siempre hacia ella, esperar firmemente en que se dará, aunque aguardemos con paciencia.

Mientras vivimos tendidos hacia esa transformación trascendente, aceptamos, como le dijo el Señor a Pablo, que nos basta su gracia, porque la fuerza se realiza en la debilidad (2Cor 12,8-9). Así queda claro que son sus relaciones las que nos permiten vivir humanamente como hijos y hermanos, aunque, eso sí, relaciones aceptadas y correspondidas: nosotros hacemos lo que podemos; aunque también nuestra respuesta esté posibilitada por el impulso de su Espíritu. Por eso, además de esperanzados, vivimos agradecidos. Captamos a la vez que somos sujetos, que nos esforzamos, y que somos potenciados por su relación y que sin ella nuestro esfuerzo sería inútil. Pero que él siempre nos lo pide. Porque, aunque desiguales, las relaciones son mutuas. Esa es nuestra dignidad, en medio de nuestra insuficiencia. Y por ella también le damos gracias. Porque su relación la rescata.

En esta situación mundial y local, en la que experimentamos tan densamente la fuerza del mal y nuestra pequeñez, se necesita mucha fe para creer en esa transformación final y para vivir tendidos hacia ella, obrando ya como hijos y hermanos. En este sentido concordamos con Charles Péguy, que llamaba a la esperanza “la hermana pequeña” que duerme cada noche y que cada mañana hay que despertar. Claro que ella es don de Dios y ella es la que nos despierta cada día, pero eso no evita nuestro trabajo incesante por mantenerla viva, trabajo, insistimos, sostenido por su gracia, por su relación incondicional.

3.3 Esperamos en el que parecía que no tenía nada para darnos

El Hijo de Dios, metido en la masa humana, invisibilizado como un artesano de aldea, tiene el poder de hacer fermentar a toda la masa humana, es decir, lograr que se humanice trascendentemente llegando a ser hija de Dios y toda ella fraterna. Ésa es la convicción firmísima de Jesús y nuestra esperanza, tanto que fermente nuestra masa humana (Mt 13,33) y lleguemos a ser verdaderos hijos de Dios y hermanos de todos, como que lo lleguemos a ser todos los seres humanos.

Pedimos al Padre que nunca nos sintamos impotentes y solos; que creamos que la comunidad divina obra en nosotros constante y humanizadamente y que, secundando su acción, siempre podemos obrar humanamente hasta llegar a ser humanos con la humanidad del Hijo, toda simpatía y compasión, lo que no se consuma en esta vida, sino en la definitiva. Pero en ésta se prepara.

Pedimos al Padre que siempre nos abramos a esa acción de la comunidad divina, que ella nos llene siempre de esperanza y que nos vaya moldeando hasta que esa relación dé el tono a nuestro ser y lleguemos a ser verdaderos hijos de Dios, confiando en él y disponibles a su acción, y seguidores de Jesús, sus hermanos pequeños, y mujeres y varones espirituales, por obedecer habitualmente el impulso del Espíritu. Así fermentará toda nuestra masa y nos haremos humanos. Y así fermentará la masa de la humanidad y será una humanidad gustosa, vivible, amigable, fecunda, que se sabrá de la tierra y la respetará, cuidará y potenciará, y que se sabrá de la comunidad divina y responderá agradecida a su amor.

El Hijo de Dios vivió, como la levadura, metido en la masa humana, invisibilizado como un artesano de aldea, rodeado siempre de gente popular, pero no interesó lo más mínimo a la aristocracia sacerdotal y, aunque en principio interesó a los maestros de la ley y por eso le permitieron que hablara en las sinagogas, pronto lo hostilizaron y buscaron desacreditarlo, incluso acusarlo. Sin embargo, ese ser popular

tiene el poder de hacer fermentar a toda la masa humana, es decir, lograr que se humanice trascendentemente, llegando a ser hija de Dios y toda ella fraterna. Ésa es la convicción firmísima de Jesús y nuestra esperanza, tanto que fermente nuestra masa humana y lleguemos a ser verdaderos hijos de Dios y hermanos de todos, como que lo lleguemos a ser todos los seres humanos.

Tenemos que creer en la fuerza del impulso del Espíritu y secundar su impulso, y en la fuerza de atracción de la humanidad de Jesús y tenemos que aceptar su atracción. Lo que nos insiste Jesús es que la acción de la comunidad divina tiene lugar desde dentro de cada ser humano y desde dentro de la humanidad. No nos van a salvar desde fuera y desde arriba. Nos salvan desde dentro para que la salvación, que viene de ella, salga de nosotros mismos. En Jesús, la comunidad divina se ha metido para siempre en la masa humana, pareciendo desaparecer en ella, pero, en realidad, obrando desde más adentro que lo íntimo nuestro, obrando trascendentemente, sin dejar huellas, de manera que sólo el que se abre a su acción la capta y comprende que es habilitado para lo que le supera absolutamente. Cada persona de la comunidad divina aparece como los discretos porque son verdaderos amantes. No les interesa cosechar aplausos ni que los vitoreen. Sólo buscan que nos decidamos a vivir como hijos del Padre y como verdaderos hermanos de todos, siguiendo a su Hijo Jesús y dejándonos impulsar por la fuerza de su Espíritu.

Les pedimos que nos hagamos cargo de su modo de obrar y que aceptemos que es tan respetuoso, tan estimulante, tan humano, que sólo puede ser obra de ellos. Les pedimos que lo valoremos y que lo secundemos y que se nos pegue tanto que también nosotros obremos así. Eso que les pedimos es la esperanza en que ellos nos lo van a conceder. Por eso, además de pedirlo, tenemos que procurar incansablemente que siempre nos abramos a esa acción de la comunidad divina, que ella nos llene siempre de esperanza y que nos vaya moldeando hasta que esa relación dé el tono a nuestro ser y lleguemos a ser hijos del Padre, confiando en él y disponibles a su acción y seguidores de Jesús, sus hermanos pequeños, y mujeres y varones espirituales, por obedecer

habitualmente el impulso del Espíritu. Así fermentará toda nuestra masa y nos haremos humanos. Y así fermentará la masa de la humanidad y será una humanidad gustosa, vivible, amigable, fecunda, que se sabrá de la tierra y la respetará, cuidará y potenciará, y que se sabrá de la comunidad divina y responderá agradecida a su amor.

3.4 Esperanza en nuestra rehabilitación

Les pedimos a Jesús y a su Padre que no los traicionemos, que no nos tengamos por seguidores de Jesús y esa sea la imagen que demos, y, sin embargo, no lo sigamos e incluso hagamos lo que reprueban. Les pedimos que el amor que nos tienen acabe siempre triunfando en nosotros; que sea siempre más fuerte que nuestro mal, que su amor acabe determinando nuestra vida, que nos abramos siempre a él, a pesar de nuestro desamor, que confiemos en ellos y en su amor por encima de todo. Que siempre esperemos en su perdón y su capacidad de rehabilitarnos. Que la entrega de Jesús no haya sido en vano, que sea fecunda en nosotros y en todos. Que triunfe incluso sobre nuestro mal. Que nunca nos encerremos en él; que esperemos siempre, no sólo en su perdón, sino en su capacidad de regenerarnos.

Ésta es nuestra esperanza más difícil, por la conciencia que tenemos de nuestra labilidad, de nuestra condición poco estable, poco firme en sus resoluciones, frágil, débil, endeble, precaria; pero es la esperanza más necesaria, porque es creer más en el Padre y en Jesús que lo que descreemos de nosotros, y ellos lo merecen y, además, en eso nos jugamos nuestra humanidad.

Que no traicionemos a Jesús, que se nos entrega como Hermano incondicional y nos hace así hijas e hijos del Padre y hermanas y hermanos de todos y nos da su mismo Espíritu para que podamos corresponder. Que siempre volvamos sobre nosotros y acabemos correspondiendo, siéndole fieles como sus hermanos más pequeños, pero hermanos, recibiendo su vida, que es la del Padre y correspondiendo todo lo que podamos, tendencialmente con todo nuestro ser. Siempre podremos hacerlo, a pesar de nuestra debilidad, porque el Padre y

el Hijo han derramado sobre cada uno el Espíritu de Jesús, que nos mueve incesantemente a vivir en cada situación como hijos de su Padre y hermanos de todos. Pero tenemos que obedecer su impulso y no encerrarnos en nuestras concepciones, deseos y determinaciones.

Eso es lo que tenemos que pedir con todo nuestro corazón: que ser discípulos y seguidores fieles de Jesús acabe dando el tono a nuestras vidas, sobreponiéndose a todo lo que en nosotros lo contradice. Que aceptemos la entrega de Jesús y correspondamos. Que no sacralicemos ninguna concepción sobre él, que lo único sagrado sea su relación con nosotros y corresponder con su Espíritu desde lo más genuino nuestro, que es lo que nos da con su relación de amor constante. Son relaciones de entrega de sí mutua y constituyente. Que lo nuestro sea recibirlas y corresponder con todo nuestro ser, con lo mejor que se nos ha dado. Que nunca nos quedemos presos de nuestro pecado; que siempre creamos más en su amor rehabilitador. Siempre tenemos remedio: nos quiere siempre. Que creamos en su amor y correspondamos. Éste es el corazón de nuestra esperanza.

4. Fundamento de nuestra esperanza y su papel en la tríada de virtudes teologales

4.1 La esperanza en el Crucificado resucitado⁸

Ahora bien, si Jesús como propuesta humana es rechazado, ¿es Señor? ¿O es que podemos decir que toda rodilla se ha doblado ante Jesús y toda lengua lo ha confesado como Señor (cf Fil 2,10-11)? Si eso no ha pasado, ¿es verdad que Dios lo ha sobreexaltado?

La respuesta tiene dos aspectos. El primero es que actualmente sí hay muchos que siguen humilde y alegremente el paradigma de Jesús, aunque, como Pablo dice de sí, sin haberlo alcanzado todavía (Fil 3,12-14). Jesús es seguido tendencialmente, aun en medio de inconsecuencias

8 Cf. P. Trigo, *Jesús nuestro hermano* (Maliaño: Sal Terrae, 2018), 545-551.

y pecados que, al ser vividos como tales, nos apartan del horizonte. Jesús es paradigma real, incluso de muchos que no conocen su nombre, pero se dejan atraer por él y correspondientemente obedecen al impulso del Espíritu que sopla desde más adentro que lo íntimo de cada uno y lleva a que cada uno desde su propia realidad se configure como otro Cristo, tome la forma de Cristo. El vidente del Apocalipsis vio una multitud innumerable que acompañaba al Cordero (7,9). Yo también creo que son innumerables los que hoy lo siguen; abrigo el convencimiento de que son la mayoría de la humanidad. En este sentido hay que decir que Jesús siempre ha tenido, tiene y tendrá seguidores. Por eso hoy, a pesar de esta situación de pecado o, más acerbamente, fetichista, como la suele calificar el papa Francisco, porque mata sistemáticamente, es posible vivir humanamente.

Pero nuestra esperanza va más allá. Esperamos que su atracción desde el futuro de Dios y el movimiento interior del Espíritu mostrarán su condición señorial al vencer no sobre nosotros, sino en nosotros. Esa atracción y ese impulso son señoriales porque tienen virtualidad no para imponerse, pero sí para liberar nuestra libertad, para que secunde la atracción de Jesús y la moción de su Espíritu. Ésa es nuestra esperanza respecto de nosotros mismos y respecto de la humanidad como conjunto. En este sentido preciso el señorío de Jesús está ejercitándose, pero aún no se ve su condición de señorío, es decir, su capacidad de triunfar en nosotros, de manera que acabemos siendo plenamente humanos. Desde este punto de vista, no se ve todavía que Jesús sea paradigma absoluto.

Esto significa que la condición que detenta Jesús de paradigma absoluto sólo por la fe puede ser reconocida temáticamente. Y quien lo reconoce por la fe lo confiesa en esperanza y de cara a los demás lo vive como una apuesta.

Así pues, el problema no estriba principalmente en que, como Jesús es Señor de la historia, no lo será completamente hasta que la historia no se haya consumado. El problema llega a hacerse misterio porque sigue pasando que Jesús viene a los suyos desde el futuro de Dios, y los

suos, como en su vida mortal, no lo reciben, lo rechazan, prefieren las tinieblas a la luz para que no se ponga en evidencia que sus obras son malas (cf Jn 3,19-20).

El problema no estriba en que haya diversos paradigmas más o menos humanos. El problema es que se proponen, se publicitan persistentemente y casi se imponen paradigmas inhumanos. Hoy el paradigma del tener ilimitadamente de un modo privado campea con todo el poder y la gloria de los reinos de este mundo. Este modo de vivir es celebrado por todos los medios como el más digno de ser vivido: el de los seres superiores que son capaces de llegar hasta allá y de mantenerse, sorteando el vértigo de los abismos y los constantes peligros de las cumbres, mirando de frente y sin pestañear al sol, conociendo el bien y el mal y probando el árbol de la vida. Ellos trabajan en torres de Babel, toman decisiones que afectan a millones de personas y disfrutan en paraísos. Su vida se presenta tan fascinante que se expone constantemente a la contemplación para que millones de personas puedan vivir de sus reflejos.

Pero hay más, este paradigma dominante puede ser participado. Más aún, debe ser participado en una medida mayor o menor por todas las personas que se atrevan a vivir verdaderamente. También en tiempos de Jesús el emperador y los grandes magnates eran asimilados a los dioses y vivían esplendorosa, arriesgada y desmedidamente. Y había también una red piramidal de patronazgos que diseminaban y enlazaban el modelo por todo el imperio.

Pero hoy, según los ideólogos del sistema, se propone un mecanismo enteramente objetivo y descontaminado de arbitrariedades, de particularidades que funcionan como privilegio. Hoy no cuenta la sangre ni la raza ni la profesión ni la religión. Hoy, se dice, la competencia es limpia: quien ofrece al mercado lo que la gente prefiere con las mayores garantías y al mejor precio, ése es el que triunfa. Todos están invitados al juego, todos pueden apostar. Pero también, todos tienen que entrar en el juego en alguna medida, si quieren obtener recursos para satisfacer sus preferencias, e incluso para poder simplemente vivir. Ya nadie

pensiona a nadie. El que no juega no vive. Cada quien tiene que mirar por sí. El otro es un potencial cliente o un competidor. En el mercado sólo existe el interés privado. En primer lugar, el interés propio, que es el motor de todo el sistema. Pero el secreto del mercado es que sólo puedo llegar a satisfacer mi interés si logro satisfacer el interés de los clientes que me proporcionan los recursos para satisfacer yo el mío. Todo es susceptible de ser vendido, todo lo que alguien apetezca y esté dispuesto a pagar.

Lejos de mí satanizar al mercado. Es cierto que, en su esfera de los intercambios de lo útil y atenido a sus límites, es el modo más limpio de relacionarse. Pero, dejado a sí mismo, se acaba la competencia y se impone el poder. Es lo que ha sucedido. Y, extendido a todos los ámbitos de la existencia, significa el fin de entidades públicas y la absolutización del individuo como arquetipo para sí mismo. No hay ningún paradigma, ningún parámetro. Ni siquiera se reconoce la pertenencia al *fylum* y a la tierra. Y por eso se está acabando con la vida y todo sigue igual. Según el orden establecido yo me doy a mí mismo la vida que quiero y puedo darme, y a nadie pido ni agradezco. Cuando me relaciono es porque quiero, para lo que quiero y mientras lo siga queriendo. Nada vale ni deja de valer, nada es bueno ni malo. Sólo existen elecciones aleatorias con base en preferencias. En este esquema cada quien puede hacer todo aquello que tiene poder para hacer. Lo hará o no según sus conveniencias, aunque ateniéndose siempre a sus consecuencias, empero con frecuencia éstas se presentan como aleatorias y por eso no son tenidas en cuenta, sobre todo cuando tocan a terceros.

Tenemos que preguntarnos si Jesús atrae más que este paradigma. Éste es hoy el Príncipe de este mundo. En los evangelios la pasión de Jesús se presenta como la hora en que mandan las Tinieblas (Lc 22,53): “Llega el Príncipe de este mundo, pero nada puede contra mí” (Jn 14,30). Puede tanto que lo va a matar. Pero es impotente para quebrarlo, no logra que Jesús, para evadir la muerte, pacte con él, o que muera vencido por el miedo y la tristeza o la rabia. Por eso, al condenar a Jesús, él mismo es condenado (Jn 16,11), fracasa. Por eso,

desde el ángulo complementario al de Lucas, puede resumir Juan lo que se juega en la pasión diciendo: “ahora el Príncipe de este mundo será derrocado” (12,31).

¿En qué quedamos? ¿Jesús vence o es vencido? ¿Jesús es hoy el vencedor o el vencido? Jesús sigue reinando desde el madero. Desde él atrae a todos. O, dicho de otro modo, el Resucitado es el Crucificado, no es otro que el Crucificado.

Esto significa que el paradigma dominante se publicita, fascina, se impone, en tanto que Jesús sólo atrae; y esto desde este modelo reinante no puede verse sino como debilidad. Más aún, Jesús no se absolutiza como sujeto, no busca su gloria ni ser servido. Él sigue cargando con las consecuencias de ese modo irresponsable de vivir la mayoría de edad que da la técnica. Él sigue cargando con los que por endiosarse se deshumanizan. Eso no es percibido por ellos como la medida de su amor, sino como una intromisión, como una especie de deformación profesional, como una necesidad, ya que ellos no se lo han pedido ni ven en qué puede aprovecharlos. Así Jesús sigue atrayendo desde el madero, desde su pasión real. Pero no sólo sufre la pasión que le producen quienes por absolutizarse a sí mismos causan incesantes víctimas y no lo reconocen. Sufre, sobre todo, en esas innumerables víctimas. Se identifica con ellas. Mientras haya historia y en la historia haya víctimas, Jesús se presenta como el Cordero degollado (Ap 5,6.12;13,8). Está sin duda vivo y vencedor de la muerte, pero aún sufre la muerte de las víctimas. Esta pasión desde el modo de existir de Dios es una pasión recreadora. Ya ninguna víctima muere sola, porque con ella muere el vencedor de la muerte.

Pero para reconocerlo así es preciso mirar al que atravesaron, tenemos que mirarlo con fe, reconociendo en él el pecado del mundo del que participamos y el misterio de su amor solidario, que perdona los pecados y vence a la muerte. No tenemos ninguna imagen de Jesús resucitado. Esas falsas imágenes que aparecen en cuadros y esculturas en las iglesias no son más que proyección de la gloria de este mundo. El Resucitado se presenta hoy como lo vieron sus discípulos en la

mañana de la Pascua (Jn 20,20): como el Crucificado lleno de amor fiel. El Resucitado nos sale hoy al paso como el Crucificado que sigue padeciendo en los crucificados, pero que ha vencido a la muerte y al pecado.

Jesús como paradigma no es objetivable ya que es inexhaustible. Los evangelios nos presentan multitud de rasgos suyos que son difícilmente conciliables. Por eso ninguno puede aislarse y extrapolarse. Y todos encuentran su lugar en la narratividad de su biografía. Pero no puede ignorarse que esa narratividad conduce en cada uno de los evangelios a la Pascua, que es presentada por ellos como la consumación de Jesús. Así lo pone el cuarto evangelio en boca del propio Jesús: “todo está cumplido. Inclino la cabeza y entrego el espíritu” (19,30). Y el evangelio antitriunfalista de Marcos, que se presenta programáticamente como “el evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (1,1), sólo al fin pone en boca de un personaje, precisamente el centurión pagano que ha presidido la crucifixión, esta confesión a la que se dirigía todo el evangelio: “verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios” (15,39). El centurión cumple al pie de la letra la profecía de Zacarías que cita Juan y que hemos venido comentando: “mirarán al que atravesaron”. Esta misma concentración del misterio de Jesús en la Pascua es una nota característica del *corpus* paulino, que asienta taxativamente: “nosotros predicamos a un Mesías crucificado” (1Cor 1,23). “Por eso (añade) me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo” (2Cor 12,10). “Llevo (dice) sobre mi cuerpo las señales de Jesús” (Gal 6,17). Se refiere a “la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte” (Fil 3,11). Eso es lo que significa para Pablo correr hacia la meta, que es encontrarse con Cristo resucitado y revestirse de su resurrección, “que es el premio al que Dios me llama desde lo alto en el Mesías Jesús” (Fil 3,14). Esta misma concentración pascual es patente en la Carta a los hebreos, que nos presenta al sumo sacerdote Jesús penetrando en el santuario celeste, es decir, en la propia casa de Dios, “no con la sangre de machos cabríos o de novillos sino con su propia sangre” (9,12). En la cruz, “a gritos y con lágrimas” (5,7), “se ofreció

a sí mismo sin tacha a Dios” (9,14). Y de ahí saca esta conclusión: “salgamos donde él fuera del campamento cargando con su oprobio” (13,13).

Si apartamos los ojos del calvario de la historia o pretendemos mirar como meros espectadores, irresponsablemente, en ningún otro sitio sentiremos la atracción del Señor Jesús. Desde el futuro de Dios, Jesús de Nazaret nos sigue atrayendo desde los crucificados, como Crucificado. Él reina desde el madero. Si no logro ver ahí al dechado de humanidad, y si no me dejo atraer por ese arquetipo, nunca llegaré a poseer una vida que pueda llamarse realmente humana. Ésta y no otra es la apuesta cristiana; éste es el sentido concreto de nuestra esperanza. Aunque desgraciadamente no es con frecuencia la apuesta de los cristianos ni de la institución eclesiástica. Pero siempre es tiempo. Nos mantiene la esperanza.

4.2 Papel de la esperanza en la tríada de las virtudes teologales

Las tres virtudes son teologales porque en el fondo son dones de Dios y para nosotros del Dios de Jesús; pero son virtudes porque están arraigadas en nosotros. Por eso voy a partir de mi experiencia, entendiéndola como no excepcional, aunque tampoco genérica, sino concretamente humana. Yo he nacido autocentrado por la conciencia de mi absoluta menesterosidad; pero enseguida me he hecho cargo de que alguien conocía mis necesidades y quería y podía satisfacerlas, es decir, he tenido conciencia de ser amado, en el sentido preciso de poder vivir por recibir la vida de modo horizontal y gratuito. He tenido, pues, experiencia de ser amado. Y por eso me he puesto en manos de mi mamá y de mi papá; es decir, la conciencia de recibir su amor ha engendrado mi fe en ellos. La fe, la confianza en poder apoyarme en ellos, es así la flor del amor experimentado y correspondido. Y esa confianza ha sido la fuente de mi esperanza, por ejemplo, la esperanza en que sí podría caminar solo, sin que ellos me apoyaran con sus manos. Al confirmarse esa esperanza una y otra vez, se afianzaba la esperanza en que lo que me proponían sería bueno para mí y realizable, aunque en el momento en que me lo proponían me superara. La esperanza en que, basado en

el amor de mi familia y progresivamente de muchos otros, iba a poder crecer en diversos aspectos y llegar a ser adulto y buena persona. Eso me ayudó a hacer frente a lo que parecía adverso o a lo que de buenas a primeras me superaba y me parecía inalcanzable.

Además, muy pronto me hablaron de Dios y de Jesús y la idea que me hice de ellos es que eran como mis papás, pero incomparablemente más grandes, es decir con más consistencia, con más capacidad y sobre todo más buenos y en concreto que me querían y que por eso me habían dado el ser, como se lo habían dado a cada uno y a todo lo que existía y que querían que yo les correspondiera, como correspondía a mis seres queridos y como veía que ellos le respondían. Vi claramente que su amor y mi amor a Dios no entraba en competencia con el que tenía a los seres humanos, sino que lo apoyaba y le tenía que dar el tono y en definitiva que estaba en el fondo de todo. De ahí surgió mi esperanza en que llegaría a vivir como hijo suyo y como seguidor de su Hijo Jesús, y eso en la Iglesia, que para mis papás y para mí era más una comunidad organizada proveniente de Jesús que una institución completamente reglamentada, como a veces parecía presentarse.

La esperanza se apoyaba en la fe en el amor de Dios y de tantos y tenía que actuarse constantemente, porque tenía conciencia de mi carácter procesual y de que siempre surgían nuevos retos. Y cada vez más, la conciencia también de que en mí había inclinaciones que chocaban con esa dirección vital, como también lo vi en el ambiente: muchos no obraban de esa manera y las reglas de juego no parecían derivarse sin más de ese horizonte, aunque la sociedad se confesara cristiana. Sin la esperanza, tanto en que yo podría seguir ese camino iniciado como de que la sociedad tenía que cambiar y podría hacerlo, no hubiera tenido ni fuerzas ni ganas de apostar decididamente a ese camino como un camino personal, que veía que era más en el fondo una vocación, la llamada y el deseo de Dios y de Jesús.

La esperanza parecía lo más frágil, lo que estaba más en el aire, pero era en el fondo lo que sostenía todo el impulso. La fe y el amor siempre estaban amenazados, tanto por lo que lo contradecían en mí y

en el ambiente, como, por eso mismo, por el cansancio que producía sostener ese impulso y esa actitud constantemente. La esperanza se mantenía venciendo todo lo que en mí y en el ambiente hacían ver lo desmedido del objetivo desde la limitación propia y la contradicción ambiental. Es, guardando las distancias, semejante a lo que Pablo dice de la esperanza de Abraham (Rm 4,18-21). Así pues, la esperanza parece lo más etéreo, pero es lo que hay que mantener a toda costa, dado que el modo humano de ser es ser siendo, es decir, que siempre estamos en camino, que nunca llegamos a la meta, que somos procesuales, que no podemos decir: “hasta aquí nos trajo el río” ni “hasta aquí llegó mi amor”; siempre tenemos que seguir.

Pero también es claro que no se puede sostener la esperanza sin ejercitar la fe en el amor que Dios y Jesús me tienen y sin corresponder amando concretamente.

En definitiva, estas tres virtudes, íntimamente relacionadas, son, primero, recibidas: otros me quieren y tienen fe en mí y esperan que llegue a ser una persona cabal; pero uno tiene que hacerse cargo de ello y corresponder desde lo más genuino propio. La esperanza es precisa porque nuestra respuesta viene después y se hace desde nuestro ser de necesidades y desde nuestra procesualidad continua y desde que no nacemos internamente unificados, sino como un haz de pulsiones, deseos y querer que de buenas a primeras cada uno busca satisfacerse autónomamente, y la unificación nunca se logra del todo y sólo se va en camino cuando el amor lleva la voz cantante, tanto el recibido como el aceptado y entregado. Hay que tener fe en que el amor de Dios, de Jesús y de otros y mi respuesta va a llevar la voz cantante. Pero como los resultados, en el mejor de los casos, son provisionales, por nuestro carácter procesual, es imprescindible que la esperanza de que en definitiva acontecerá así y triunfará el amor se mantenga por encima de todo.

En el fondo, tanto la fe como la esperanza como el amor son relaciones. De suyo, cada una tiene su especificidad, pero en la realidad se dan conjuntamente. El amor es lo básico y todos comenzamos

recibiéndolo y al ser conscientes de que nos lo dan gratuitamente, tenemos fe en ellos, y desde esa fe en ese amor concebimos la esperanza, tanto en que podremos corresponder con nuestra fe en ellos amándolos, como que siempre nos van a seguir amando. Ahora bien, esa esperanza tiene que mantenerse siempre, tanto porque somos procesuales y siempre necesitamos reiterar esa fe y ese amor que damos y que sigan teniendo fe en nosotros y nos sigan amando, como porque a veces no vemos esa fe ni ese amor o porque, en efecto, no nos lo siguen dando o porque no somos capaces de verlo; y también necesitamos la esperanza porque a veces nos cuesta corresponder o correspondemos poco o no correspondemos. En esos casos, no podemos rendirnos: tenemos que seguir esperando en que tendremos fe y nos amarán y amaremos. Es cierto que, en el mejor de los casos, la fe y el amor pueden ser tan constantes que se conviertan en costumbre, que no es una dejación de la acción, sino una acción que no hay que elegir en cada caso porque se da una elección de fondo. Pero, como somos procesuales, nunca podemos dar por hecho que seguiremos siendo fieles. Siempre tenemos que estar sobre nosotros. Siempre tenemos que esperar. Nunca hemos llegado. Mucho más en este ambiente tan adverso.

Ahora bien, la esperanza, siempre imprescindible, se hace más necesaria cuando, al pasar de ser adultos a la tercera edad, y de modo imperceptible a la vejez, vamos viendo menguar nuestras fuerzas y disminuir drásticamente nuestras expectativas. Entonces cada vez vemos más claro que tenemos que poner nuestra esperanza en Dios. Pero somos nosotros los que tenemos que apostar por esa esperanza en él. Y, siendo verdad que somos nosotros los que tenemos que esperar, cada día captamos más que esa decisión, tan decisiva que nos define, es gracia suya. Es la fe que él tiene en nosotros, una fe inmerecida, la que mantiene nuestra esperanza, que es lo más nuestro, pero que en el fondo es don suyo absolutamente personalizado. Hasta ahí llega su amor y eso enciende el nuestro.

La fe es la flor del amor: puede haber amor sin fe, pero no fe sin amor. La esperanza es precisa por nuestra procesualidad: en el mejor de los casos, esperamos que nos sigan amando con fe en nosotros

y que nosotros sigamos correspondiendo y amando a otros como somos amados. Pero además es imprescindible, porque el ambiente está dominado por las corporaciones globalizadas y no hay lugar en él para el amor: además de ejercerlo a contracorriente, debemos tener esperanza en que nos lo seguirán dando y en que nosotros seremos capaces de sobreponernos al ambiente y corresponder y darlo a otros, e incluso tenemos que esperar en que podremos cambiar el ambiente y de todos modos tenemos que intentarlo siempre. Además, la esperanza es necesaria por lo que hay en nosotros de incompatible con el amor: es preciso tener esperanza en que triunfará el amor y se irá logrando la unificación interior, aunque siempre tengamos que seguir amando por nuestro carácter procesual y porque la realidad consiste en relaciones, por eso hay que actuarlas siempre situadamente y desde lo más genuino nuestro. Hasta que lleguemos a la patria celestial, tenemos que no rendirnos nunca, sino esperar, incluso cuando parezca que no hay motivos para esperar.